

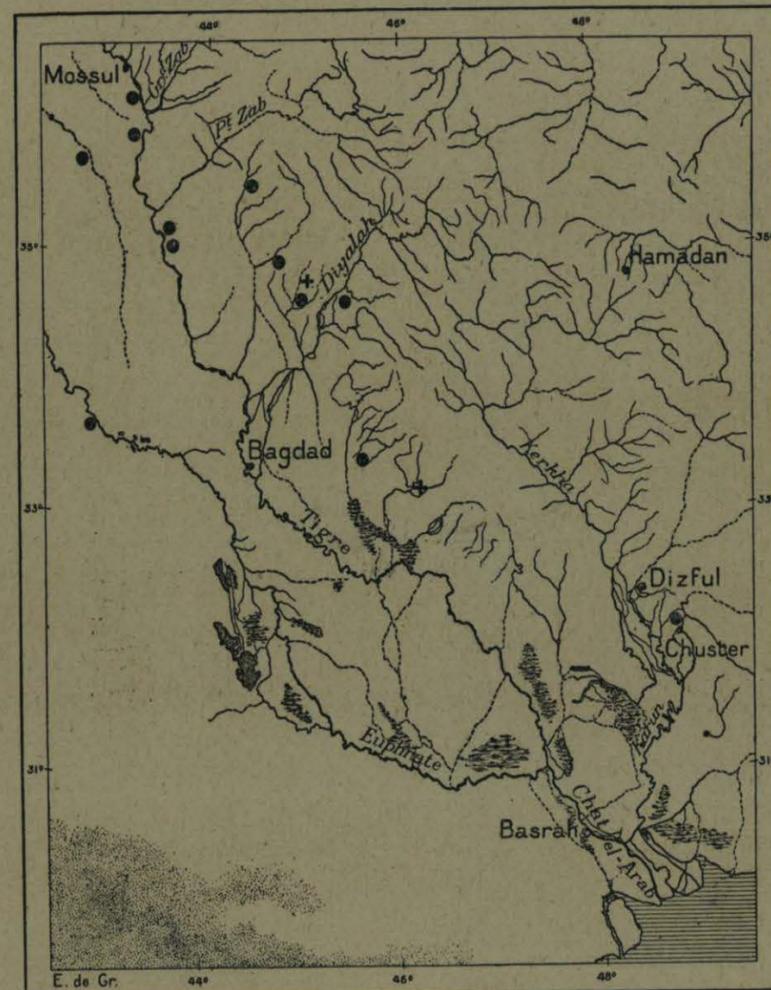
Este último medio, empleado por los ribereños de los grandes ríos de Asiria y de Caldea para atravesar las corrientes, nos prueba que, aun en la misma época en que el Tigris y el Eufra-tes estaban bordeados de una zona de cultivo, había poblaciones de pastores que vivían en la inmediata vecindad de las aguas; el uso de los odres nació naturalmente en el país de las estepas, donde escasean los árboles y las plantas de crecimiento espontáneo no tienen frutos que puedan servir de recipientes ni existen bejucos que se entretejan formando canastillos. En esas regiones se aprendió a reemplazar los vasos naturales por pieles de animales degollados, a emplearlas para todas las necesidades domésticas y a utilizarlas también para la travesía de los ríos. La piel de un carnero bien inflada de aire bastaba para transportar un hombre, y aun en los sitios en que el Tigris tiene más de un kilómetro de ancho y la corriente tiene gran violencia el ribereño no vacila en arriesgarse solo sobre un odre para atravesar el río, sujetando su embarcación con los dos brazos y dirigiéndose con el movimiento de los pies. Ejércitos enteros atravesaron así los cursos de agua, no sólo en la Mesopotamia, sino también en otras comarcas habitadas por pueblos pastores que habían aprendido espontáneamente o habían sido enseñados por extranjeros a servirse de los mismos medios: Alejandro y los Macedonios, que vieron atravesar el Tigris a los habitantes de Mesopotamia, pasaron el Oxus por el mismo procedimiento, como lo habían hecho antes que ellos y lo hicieron después muchos conquistadores.

Ese modo de navegación todavía se usa en todo país civilizado, principalmente en los puertos de Holanda, donde se emplean flotadores, es decir, cajas de aire, que se amarran al costado de los buques cargados y se levantan sobre su línea normal de flotación. Las almadías de madera, que descienden hacia París de los ríos altos del Morvan, se sostienen por flotadores de la misma especie; la madera de encina recién cortada, que tiene un peso específico superior al del agua, necesita, para mantener la balsa en la superficie de la corriente, que se sujeten en sus contornos cierto número de barricas vacías herméticamente cerradas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Olivier Beauregard, *En Asie, Cachmir et Tibet*, p. 7.

Llegados a las ciudades de la parte inferior de la corriente, donde la carga se vendía con beneficio, los bateleros de la Me-

N.º 85. Manantiales de petróleo en Caldea  
(Véase pág. 482)



D'après F.R. Maunsell.

● Manantiales de petróleo. + Vacimiento de peso. X Rápido.

1: 6 000 000  
0 50 100 200 300 Kil.

sopotamia se desembarazaban también de todas las partes de sus embarcaciones: los odres podían emplearse como recipientes de líquidos, o como sostenes de nadadores para la travesía del río; en cuanto a la madera, en aquellas comarcas cuyos habi-

tantes habían transformado todo el suelo en tierras laborables, no dejando más que palmeras en las inmediaciones de sus ciudades y aldeas, era muy apreciada, y la utilizaban para los diversos usos domésticos o para la construcción de verdaderos barcos.

No atribuyendo la historia escrita explícitamente a los Caldeos la práctica de la navegación marítima, algunos escritores modernos han creído poder asegurar que antes que los Fenicios ningunos otros Occidentales de Asia se habían aventurado por alta mar; pero diversos indicios permiten a von Ihering afirmar que los Babilonios tenían también sobre el pecho esa «triple campana» que les permitía afrontar las olas. La construcción de barcos, nueva conquista de la industria inspirada probablemente a los Caldeos por la forma del pez—proa y popa prolongadas, quilla que representa la espina vertebral, armazón que reemplaza a las espinas y remos a las aletas,—fué facilitada por ciertas condiciones naturales: el petróleo que corre lentamente en las orillas del Tigris y en los valles próximos suministraba en abundancia la brea necesaria. Cualquiera que fuera la forma de las embarcaciones, consistían siempre en una ligera armadura, untada de betún y cubierta de una estera<sup>1</sup>.

El golfo llamado «Pérsico» y que fué también el golfo Babilónico, presenta a lo largo de las costas de Arabia un camino muy fácil hacia la isla de Bahrein, cuyas perlas tenían un valor tan grande y en la cual innumerables ruinas demuestran haber sido un centro considerable de población y de comercio<sup>2</sup>. En ese viaje de proximidad de la costa, los marineros no habían de salir de la cuenca natural que les ofrecía el golfo bordeado de puertos; en ninguna parte perdían de vista las costas de la tierra firme o los archipiélagos del litoral, y así hicieron su aprendizaje antes de aventurarse en el amplio mar, sea al Sudeste, en los espacios sin límites del océano Indico, sea al Oeste, en los golfos, estrechos y parajes limitados de las aguas fenicias, chipriotas y cretenses. Como campo de evolución, el mar Pérsico era hace ocho mil años más prolongado que en la actualidad: el golfo penetraba mucho más en el interior de las tierras; el

<sup>1</sup> R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'histoire*;—Frédéric Houssay, *Annales de Géographie*.

<sup>2</sup> Stiffe;—Loftus;—A. de Gerlache, *Notes manuscrites*.

Eufrates, el Tigris y el Karun no se unían en un mismo delta, y para ir de Suza a Nínive o a Babilonia era necesario aventurarse por el mar. Sábese por inscripciones cuneiformes que Sennacherib, después de Assurbanipal, tuvieron que luchar contra las olas para conducir expediciones de guerra al país de Elam. En aquella época, menos de treinta siglos antes que nosotros, la playa marítima de Caldea estaba lo menos 100 kilómetros más al Norte; desde hace cien años se evalúa el progreso anual de los aluviones en algo más de 50 metros<sup>1</sup>.

La leyenda del diluvio describe el barco de Sitnapichtim (Zisuthros, Chassisadra, Atrachasis, Noé) como un barco de mar y le da un piloto, circunstancia que no podría explicarse si los habitantes de la comarca no hubieran conocido la gran navegación y si la necesidad del timón para dirigir la marcha de un barco no hubiera sido bien comprendida: en efecto, sobre el Tigris o el Eufrates, todo buen marinero hubiera sido un piloto suficiente, y sobre una extensión inundada el barco hubiera flotado sin dificultad. El hecho de soltar una paloma, cuando la baja de las aguas del diluvio, demuestra también que los marinos de Caldea, lo mismo que los Fenicios, tenían la costumbre, cuando se encontraban en alta mar y se creían cerca de la costa, de



EL DIOS PEZ  
De un bajo-relieve de Kalach.

<sup>1</sup> Loftus, Ainsworth, Lyell, Carl Ritter, de Morgan, etc.

soltar palomas que se elevaban a gran altura y después dirigían el rumbo a la costa más próxima, indicando así la dirección que habían de seguir: la paloma era su brújula<sup>1</sup>. Según la leyenda babilónica, el gran dios pez Ea o Oanes, había amarrado a sus cuernos el barco de salvamento, esperanza de la humanidad segunda, para remolcarlo hacia la cima de un monte a través de la inmensidad de las aguas desbordadas. El símbolo tiene ciertamente una significación de grandísimo alcance: el pez divino no se limita a salvar los hombres guiando sus barcos sobre la amplia extensión de las aguas donde desembocan los dos ríos; los hace aventurarse a lo lejos para que vayan a buscar los productos útiles a cambio de las mercancías de su propio país. Los hombres aprenden a conocerse y se ayudan mutuamente cambiando los productos de su trabajo y las ideas de su cerebro.

Tanta fué la importancia del pez simbólico, es decir, de la navegación y del comercio en la historia económica y social del mundo babilónico, que la leyenda le atribuye todo lo que se hizo de grande en la comarca: enseñó a los hombres la práctica de las letras, de las ciencias y de las artes de toda clase, las reglas de la fundación de las ciudades y de la construcción de los templos, los principios de las leyes y la geometría; les mostró las semillas y los frutos; en una palabra, dió a los hombres todo lo que contribuye a la dulzura de la vida: «Desde su tiempo, nada excelente se ha inventado»<sup>2</sup>. La leyenda nos dice también que Oanes era anfibio, a la vez pez y hombre, con la cabeza de hombre sobre la de pez y los pies humanos bajo su cola; cada día empleaba su tiempo sobre la tierra, pero a la postura del sol se sumergía en el mar y salía de él a la resurrección del astro. El sentido de este símbolo no es sólo que el origen de la civilización es doble en los países de los ríos, sino que ha de buscarse a la vez en la tierra y en el mar, en la agricultura y en el comercio<sup>3</sup>.

La leyenda del diluvio, de que no hace mucho se había llegado a hacer un mito esencialmente hebreo, porque se le había encontrado únicamente en los libros sagrados de los Judíos, ha que-

<sup>1</sup> R. von Ihering, obra citada.

<sup>2</sup> *Fragments de Beroso*, citados por Lenormant, Maspero, etc.

<sup>3</sup> R. C. d'Ablaing van Giessenburg, *Evolution des Idées religieuses dans la Mésopotamie*, páginas 88, 89.

dado definitivamente clasificada, sin la menor duda, entre las producciones míticas de origen caldeo. La tableta de la biblio-

N.º 86. Leyendas caldeas:



Algunos montes sagrados de la región: 1. DEMAVEND; 2. SEHEND; 3. SAVALAN; 4. ARARAT; 5. ARGEO; 7. HERMON; 8. HOREB; 9. SINAI.

6. Valle paradisiaco, aldea de PARADISUS.

10. SIPPAR, en la leyenda de Beroso esta ciudad representa el papel asignado a la antigua Churippak del documento ninivita, «caso porque se habrá visto, con razón o sin ella, en Churippak el antiguo nombre de Sippar». (A. Loisy.)

11. TIN-TIR-KI, el lugar del Arbol de la Vida.

12. KUFA, sepultura de Adán.

13. ERIDU; la historia de la Creación comienza por la fundación de Eridu.

14. KORNA, verdadero lugar del Arbol del Bien y del Mal.

teca de Nínive especifica la ciudad que ha de ser sumergida: «Churippak, la ciudad que tú sabes, que estaba situada a la orilla del Eufrates... y los grandes dioses, su corazón les llevó

<sup>1</sup> Hay numerosos olvidos en este mapa: el Elvend, el Casius, el Djanatabad, junto al Ararat, son otros tantos nombres sagrados; de Damas se tomó la tierra para modelar el primer hombre; en Kadech se enseña el arroyo de donde, según la fe musulmana, brotaron las aguas del Diluvio; en Mobog, la grieta de la roca por la que corrieron, etc.

Churripak no puede confundirse con Sippar; este es un punto bien fijado (P. Thureau, Dangein, A. Loisy, *Nota manuscrita*). Una expedición le ha identificado con Tell de Fara (véase *Mitteilungen der deutschen Oriental Gesellschaft*, n.º 16), pero la pobreza de nuestras bibliotecas públicas no ha permitido hasta hoy especificar bien el emplazamiento.

a hacer el diluvio»<sup>1</sup>. Lo que los documentos establecen ahora, la Naturaleza lo indicó de antemano, porque es evidente que semejante mito no hubiera podido originarse sobre una meseta de tierras ávidas de agua, como el Irán, donde toda inundación sería bien recibida<sup>2</sup>; ni tampoco en las estepas rocosas que habían



HISTORIA DEL DILUVIO GRABADA SOBRE UN LADRILLO DE ARCILLA  
De una fotografía.

Una de las doce placas que refieren la epopeya de Gilgames, de la cual el diluvio es un incidente. La historia de la creación ocupa siete ladrillos semejantes. (Biblioteca de Assurbanipal, documento descifrado por G. Smith en 1875).

atravesado los pastores hebreos, ni en las regiones montañosas del Cáucaso. El origen de esa tradición no podía tener lugar sino en campiñas bajas donde las lluvias forman grandes extensiones de agua y donde los ríos se desbordan con frecuencia, recubriendo la inmensidad de las llanuras, inundando los sembrados y arrasando las ciudades.

En el Génesis se refiere torpemente esta historia del diluvio: el nombre del arca, *tebah*, significa «cofre» y no «barco»; no se trata allí de lanzar al agua una embarcación; no se ha sabido

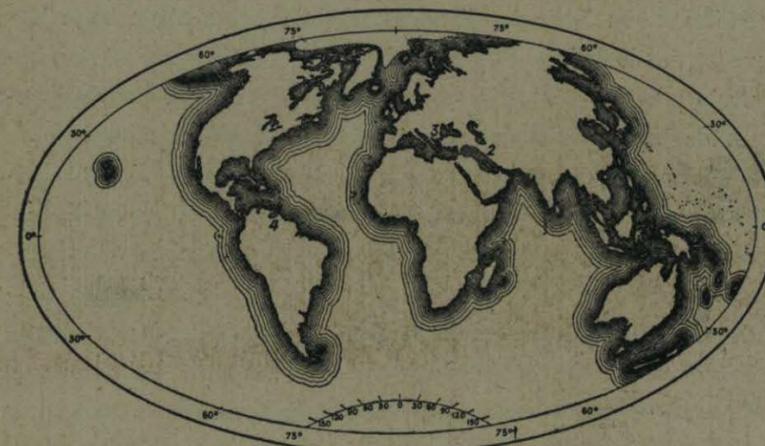
<sup>1</sup> Jastrow, *Religion of Babylonia and Assyria*.

<sup>2</sup> F. R. Spiegel, *Ausland*, n.º 10, 1872.

reproducir la leyenda caldea que habla del piloto, de la dirección del barco y de las cosas del mar<sup>1</sup>.

Sin embargo, no es solamente en la doble cuenca del Tigris y del Eufrates donde se han formado tradiciones de un diluvio; sino que también se produjeron en otras comarcas sometidas a las mismas condiciones geográficas, por ejemplo en las regiones que recorren los grandes ríos chinos Hoang y Yangtze. Así se repitieron en diversos lugares esas relaciones a que los misioneros cristianos dieron tanta importancia, considerándolas como pruebas de ese supuesto diluvio universal de que habla la Bi-

N.º 87. Leyendas del Diluvio



Bosquejo homográfico.

1: 325 000 000

0 5000 10000 15000 kil.

1. Llanura baja de CHINA.
2. POTAMIA
3. TESALIA, leyenda de Deucalión, reconstitución de la humanidad por las piedras.
4. VENEZUELA, valle del Oricono; la segunda humanidad nace de los frutos del *Mauricia flexuosa*.

blia. Esas historias, relatadas en comarcas muy distantes entre sí, debían, no obstante, semejarse por los detalles que resultan del acontecimiento mismo: las grandes lluvias, la embarcación de salvamento, su choque contra una roca o una montaña, la primera rama verde o la primera flor que se encuentra después de la navegación peligrosa, la reconstitución de la sociedad de los hombres después de la gran catástrofe. Pero la leyenda no existía

<sup>1</sup> Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, t. II, p. 53.

en los países donde jamás han tenido lugar inundaciones generales, donde los únicos efectos temibles son las trombas, los ciclones o las explosiones volcánicas. Esa es la causa de que, con gran admiración de los comentadores de los libros judaicos, no hagan mención alguna de un diluvio los más antiguos documentos iránicos. Semejante fenómeno, desconocido para aquellos habitantes, no podía engrandecerse a sus ojos hasta constituir un cataclismo como el que describe el Génesis.

Todas las naciones en las que se formó la leyenda o en que ésta fué acogida, tanto por una especie de patriotismo como por la necesidad natural de localizar de una manera visible el teatro de sus narraciones, debían necesariamente de buscar en los límites de su horizonte el punto sagrado, sobre algún valle elevado, donde los escasos justos salvados del desastre habían tomado posesión de la tierra emergida de las aguas. Los habitantes de la Mesopotamia, entre los cuales nació el mito bajo la forma que le dan los libros sagrados de los Judíos, de los Cristianos y de los Musulmanes, indicaban, pues, como lugar de descenso del arca, la punta más elevada del semi-círculo de montañas que veían desarrollarse en su derredor, de los montes Carduques o Gordeanos, es decir, Kurdos, las cimas de los montes Zagros, sobre el reborde occidental del Irán: allí es donde ha de buscarse el Nisir, citado por las inscripciones cuneiformes. Por lo demás, la Biblia hebrea, tomando sin duda alguna ciertas narraciones asirias, dice formalmente que los pasajeros del arca «descendieron del Oriente» para ir a habitar las llanuras de la Mesopotamia<sup>1</sup>.

Desde ese punto de partida, el lugar de parada cambia en todos sentidos, según la marcha de los pueblos y la propagación de la leyenda. Hacia el Este los Iranios designaron el Elvend, diversas cimas del Albordj o Elburz y el Demavend, como otras tantas «montañas de Noé». El Afghanistan, el país de Bokhara tienen también sus «descensos» del arca, y cerca del Meru del Himalaya se levanta el Naubendhanam, el «Amarre del barco» donde Manú Vaivasvata amarró su esquife cuando la inundación universal. En una palabra, todas las montañas que fi-

<sup>1</sup> Génesis, cap. XI, vers. 2.

jaron suficientemente la imaginación de los pueblos para que el mito hiciera de ellas la residencia de los dioses o el paraíso primitivo del hombre, fueron además designadas como los lugares sagrados donde la humanidad, purificada por las aguas, nació una segunda vez. En otra dirección, el Cáucaso, y de una manera especialísima, el Masis o Ararat se convirtieron también en «montes del arca» para las poblaciones de los valles inferiores. Después, con la emigración de los pueblos y de todo su bagaje de historias y leyendas, continuó hacia el Oeste la procesión de los picos sagrados<sup>1</sup>, ocultándose siempre los relieves lejanos tras los macizos más próximos. El Argeo es una de esas «montañas de etapa»; lo mismo que el Olimpo de Bitinia y el de Tesalia. Hasta en nuestros Pirineos, el pico de Brigue y el Canigó, según los pastores roselloneses, ostentan aún en sus cimas los anillos de hierro que retuvieron el arca sagrada.

Africa posee también sus Ararats en el Hadjar Taus, roca recortada en agujas extrañas, que se levantan cerca de la orilla meridional del Tzâdé, en las féculas llanuras aluviales que ha depositado el río Chari<sup>2</sup>. Por último, los Americanos del Norte, constantes lectores de la Biblia y muy envidiosos del Mundo Antiguo, han querido interpretar los libros sagrados en su propio favor, y en algún periódico ha podido leerse que el verdadero Ararat sobre el cual se detuvo el «cotre de Noé», fué una montaña de su patria.

Aunque los dos mitos del Paraíso y del Diluvio sean muy diferentes uno de otro por el cuadro en que se hallan comprendidos, contienen, sin embargo, una misma idea, la del nacimiento o renacimiento del hombre, la primera vez en el «jardín de la voluptuosidad», la segunda en la cima de la montaña donde se detuvo el arca. Por lo mismo han tendido naturalmente los pueblos a localizar esos mitos en un mismo punto<sup>3</sup>, añadiéndole la estancia terrestre de los dioses.

La leyenda referida en la Biblia<sup>4</sup> acerca de los dos hijos de

<sup>1</sup> Obry, *Du Berceau de l'Espèce humaine*; Fr. Lenormant, *L'Ararat et l'Eden, Les Origines de l'Histoire*, t. II.

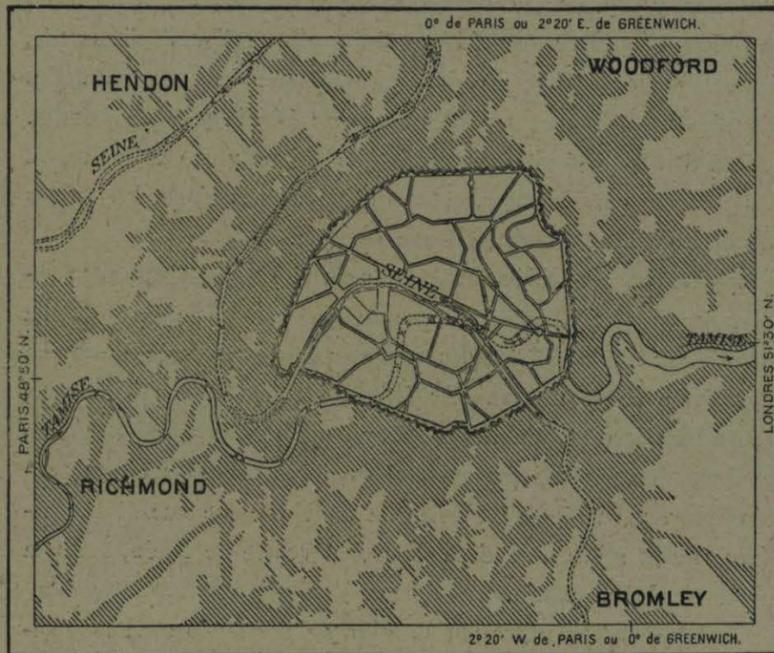
<sup>2</sup> Denham and Clapperton, *Wanderings and Discoveries* (véanse los mapas 83 y 84, páginas 471 y 475).

<sup>3</sup> Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 45 y siguientes.

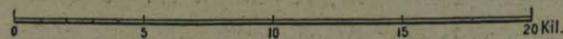
<sup>4</sup> Génesis, cap. IV.

Adán, el labrador y el pastor, expone, bajo una forma transparente, la evolución que produjo la agricultura babilónica en el conjunto del saber humano; porque indudablemente el mito contenido en esa borrosa relación no es de origen hebreo: es demasiado contradictorio para que se le pueda explicar de otro modo que despojándole de las falsedades evidentes, introducidas por un copista torpe, probablemente un escriba del tiempo judío. En efecto, aun-

N.º 88. Las Babilonias modernas



1: 250 000

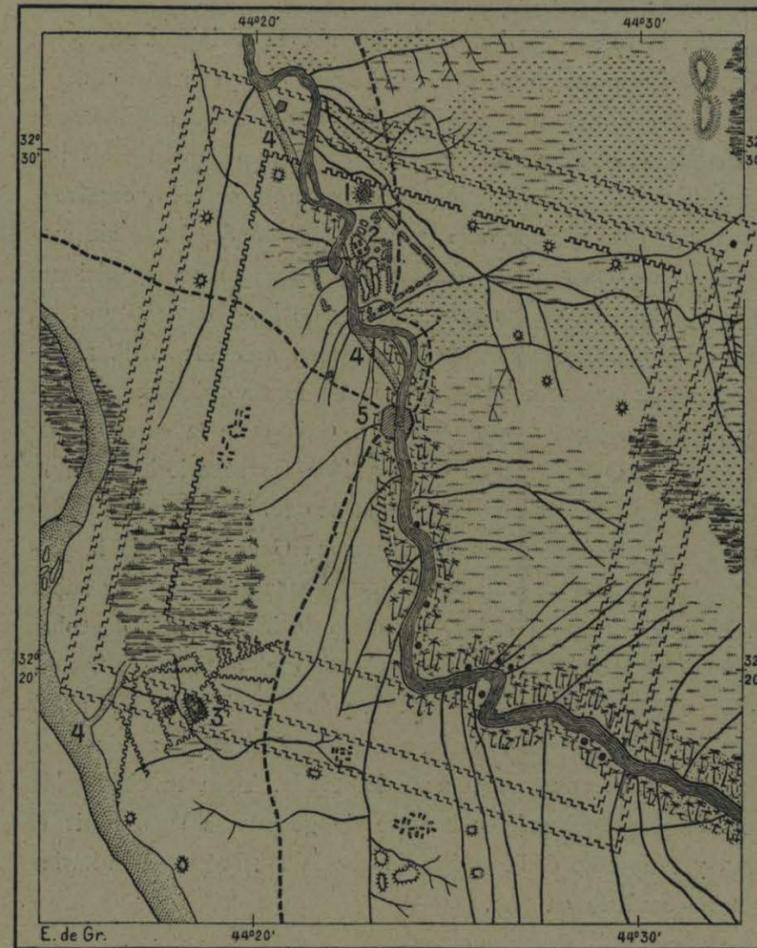


Los planos de París y de Londres—esta segunda ciudad representada por la superficie rayada en derredor del de París—están superpuestos de manera que el Hotel de Ville coincide con Mansión House. Estos planos están a la misma escala que el de Babilonia, página 491.

que los Israelitas conocían perfectamente la agricultura en la época en que fué reproducido por ellos el documento relativo a los dos hermanos Caín y Abel, los recuerdos de la antigua sociedad patriarcal les mostraban en el estado de pastor la verdadera edad de oro de su raza: a sus ojos, la condición de pastor, la de los antepasados Abraham, Isaac y Jacob era la

N.º 89. Plano de la antigua Babilonia

(Véase pág. 500)

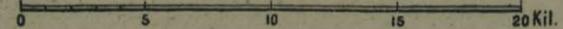


PALMERALES TIERRAS CULTIVADAS PASTOS PANTANOS

Antiguas murallas todavia existentes Sitio que ocuparon antiguas murallas.

Localidades actuales. Caminos.

1: 250 000



1. Mudcheliéh (Maklubeh, Babil).
2. Palacio de Nabucodonosor.
3. Bir Nimrud o Torre de Borsippa.
4. Antiguos cauces del Eufrates.
5. Hillah.